

EL IMPERIO DE LA IA

SAM ALTMAN

y su carrera por dominar
el mundo

KAREN HAO

«Si crees que nuestro futuro está en buenas manos,
lee este libro y dale otra vuelta.» Shoshana Zuboff

Ariel

¿Te gusta leer? Únete a nuestras comunidades de lectores en redes sociales:



@Planetadelibrosco



@Planetalibrosco



Y uno para quienes disfrutan del ensayo, la crónica y lo mejor de la literatura:



@leeresmiplan



Regístrate aquí

Únete a nuestra comunidad de lectores, encuentra contenido exclusivo y comparte tus libros favoritos.



Planeta de Libros

Ariel

El imperio de la IA

Ariel

Ariel

El imperio de la IA

Sam Altman y su carrera por dominar al mundo

Karen Hao

Traducción de Jorge Paredes

Ariel

Ariel

Título original: *Empire of AI. Dreams and Nightmares in Sam Altman's OpenAI*

© Karen Hao, 2025

Primera edición: noviembre de 2025

© de la traducción del inglés Jorge Paredes Soberón, 2025

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2025

Ediciones Península,

Diagonal 662-664

08034 Barcelona

edicionespeninsula@planeta.es

www.edicionespeninsula.com

© Editorial Planeta Colombiana S. A., 2026

Calle 73 n.º 7-60, Bogotá

www.planetadelibros.com.co

ISBN 13: 978-628-7807-19-8

ISBN 10: 628-7807-19-9

Primera edición en Colombia: enero de 2026

Impresión: xxxxxxxxx

Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

*A mi familia, pasada, actual y futura.
A los movimientos de todo el mundo que rechazan
la desposesión en nombre de la abundancia*

Ariel

Se dice que explicar es justificar. Esta máxima es especialmente cierta en el campo de la programación computacional, sobre todo en lo que se denomina programación heurística e inteligencia artificial, puesto que en esos ámbitos las máquinas han sido fabricadas para comportarse de manera asombrosa, lo cual basta a menudo para obnubilar incluso al observador más experimentado. Sin embargo, una vez desenmascarado un programa determinado, una vez que se explica su funcionamiento interno en un lenguaje lo suficientemente llano como para facilitar su comprensión, su magia se desmorona; se presenta como una simple serie de procedimientos, cada uno de los cuales resulta bastante comprensible. El observador se dice: «Eso lo podría haber escrito yo». Ese pensamiento le lleva a trasladar el programa en cuestión de la estantería de los «inteligentes» a la reservada para las curiosidades aptas para ser discutidas únicamente con personas menos instruidas que él.¹

JOSEPH WEIZENBAUM, profesor del MIT
e inventor del primer chatbot, ELIZA, 1966

«Las personas de éxito crean empresas. Las personas con más éxito crean países. Las personas con más éxito de todas crean religiones.»

Esta es una cita de Qi Lu; no estoy muy segura de la fuente. Sin embargo, me dio que pensar. Los emprendedores de más éxito no se dedican a crear empresas. Su misión es crear algo más parecido a una religión y, en un momento dado, resulta que crear una empresa es la forma más fácil de hacerlo.²

SAM ALTMAN, 2013

Índice

Nota de la autora	13
Prólogo: La carrera por el trono	17

PARTE I

1. Derecho divino	47
2. Una misión civilizadora	79
3. Centro neurálgico	117
4. Sueños de modernidad	136
5. Escala de ambición	176

PARTE II

6. Ascensión	209
7. Ciencia en cautividad	233
8. El amanecer del comercio	256
9. Capitalismo de desastre	275

PARTE III

10. Dioses y demonios	325
11. Cima	367
12. Tierra saqueada	388
13. Los dos profetas	430
14. Liberación.....	465

PARTE IV

15. El gambito	487
16. Intriga	511
17. Ajuste de cuentas	533
18. Una fórmula para el Imperio	564
Epílogo: Cómo cae el Imperio.....	577
Agradecimientos.....	595
Notas.....	601

Nota de la autora

Este libro se basa en más de 300 entrevistas con alrededor de 260 personas y en una ingente recopilación de correspondencia y documentos. La mayoría de las entrevistas se realizaron para este libro. Algunas proceden del trabajo periodístico realizado durante los últimos siete años en que me he dedicado a informar acerca de OpenAI, de la industria de la IA y de su impacto global en *MIT Technology Review*, *The Wall Street Journal* y *The Atlantic*. Más de 150 de las entrevistas corresponden a más de 90 ejecutivos y empleados actuales o exempleados de OpenAI y a unos cuantos contratistas que han tenido acceso a documentación detallada de algunas de las prácticas del desarrollo de modelos de OpenAI. Otras entrevistas se realizaron a alrededor de 40 ejecutivos y empleados actuales y exempleados de Microsoft, Anthropic, Meta, Google, DeepMind y Scale, así como a personas cercanas a Sam Altman.

Todos los correos electrónicos, documentos o mensajes de Slack citados proceden de copias o capturas de pantalla de dichos documentos y correspondencia o son reproducidos exactamente como aparecen en demandas judiciales. En los casos en que no dispongo de copia, he parafraseado el texto sin citas. Existe una excepción a la que me refiero en las notas finales. Todos los diálogos se han reconstruido a partir de los

recuerdos de las personas, de notas contemporáneas o, cuando así se indica en las notas finales, se han extraído de una grabación de audio o una transcripción. En la mayoría de los casos, yo o mi equipo de verificación de datos solicitamos a quienes citaban de memoria que repitiesen dichas citas o las confirmaran al cabo de varios meses para comprobar su coherencia. Cada escena, cada número, cada nombre y cada código, así como cada detalle técnico acerca de los modelos de OpenAI, como pueden ser la composición de sus datos de entrenamiento o el número de chips con los que se entrenaron, están corroborados por al menos dos personas, con notas contemporáneas o, en algunos casos señalados en las notas finales, por otros informes periodísticos. Lo mismo sucede con prácticamente todo el resto de los detalles acerca de OpenAI que aparecen en el libro. El hecho de que nombre a alguna persona no significa que yo hablase con ella directamente. Cuando hago referencia a los pensamientos o sentimientos de alguien es porque así los expresé, ya fuera a mí directamente, a alguien con quien hablé, en un correo electrónico o grabación, o bien en una entrevista pública.

Este libro no es un libro corporativo. Si bien narra las interioridades de OpenAI, esas interioridades pretenden ser un prisma a través del cual ver mucho más allá de esta empresa en particular. Es la descripción de una ambición científica convertida en una agresiva cruzada ideológica, impulsada por el dinero; un examen de su huella polifacética y extensa; una reflexión sobre el poder. Con ese fin, durante la elaboración de este reportaje, he dedicado un tiempo considerable a integrarme en comunidades relacionadas con este tema en países de todo el mundo para entender su historia, su cultura, su vida y sus experiencias a la hora de lidiar con el impacto emocional de la IA. Tengo la esperanza de que sus historias reluzcan en estas páginas tanto como las historias que suceden tras

los muros de una de las organizaciones más reservadas de Silicon Valley.

Me he puesto en contacto con todos los personajes y empresas clave descritos en este libro para solicitarles entrevistas y comentarios. OpenAI y Sam han decidido no cooperar.

Ariel

PRÓLOGO

La carrera por el trono

El viernes 17 de noviembre de 2023, alrededor de las 12 del mediodía, hora del Pacífico, Sam Altman, consejero delegado de OpenAI, chico prodigio de Silicon Valley y símbolo de la revolución de la inteligencia artificial generativa, se conectó a Google Meet y vio que cuatro de los cinco miembros de su consejo de administración le miraban fijamente.

Desde el recuadro de su pantalla, el consejero Ilya Sutskever, director científico de OpenAI, fue breve: Altman quedaba despedido. El anuncio se haría público de manera inminente.

Altman se encontraba en su habitación en un lujoso hotel de Las Vegas para asistir a la primera carrera de Fórmula Uno que iba a tener lugar en la ciudad en una generación, un acontecimiento plagado de estrellas invitadas que iban desde Rihanna hasta David Beckham. El viaje era una breve pausa en medio de la agotadora agenda que seguía desde la creación de ChatGPT hacía aproximadamente un año. Por un momento, se quedó demasiado atónito para hablar. Apartó la mirada mientras trataba de recobrar la compostura. A medida que la conversación iba avanzando, intentó suavizar las cosas a su estilo.

«¿Cómo puedo ayudar?»,¹ preguntó.

El consejo le pidió que colaborase con la consejera delegada interina que habían seleccionado, Mira Murati, que había estado ocupando el cargo de directora de tecnología. Altman, todavía confundido y preguntándose si se trataba de una pesadilla, accedió.²

Minutos después, Sutskever envió otro enlace para celebrar una reunión a través de Google Meet a Greg Brockman, presidente de OpenAI, que era un estrecho aliado de Altman y el único miembro del consejo ausente en la reunión anterior. Sutskever le dijo a Brockman que ya no formaría parte del consejo, pero conservaría su puesto en la empresa.

El anuncio se hizo público al poco tiempo.³ «La salida del señor Altman se produce tras un profundo proceso de deliberación por parte del consejo de administración, el cual ha llegado a la conclusión de que no siempre ha sido sincero en sus comunicaciones con el consejo, obstaculizando su capacidad para el ejercicio de sus responsabilidades. El consejo ya no confía en su capacidad para continuar al frente de OpenAI.»

En apariencia, OpenAI se encontraba en su mejor momento. Desde el lanzamiento de ChatGPT en noviembre de 2022 se había convertido en la historia de éxito más espectacular de Silicon Valley. ChatGPT era la aplicación de consumo de más rápido crecimiento de la historia. La valoración de la startup estaba experimentando el tipo de ascenso meteórico que hacía salivar a los inversores y que los mejores talentos se desvivieran por entrar a formar parte de una empresa que subía como la espuma. Tan solo unas semanas antes, había sido valorada en 90.000 millones de dólares como parte de una oferta pública de adquisición que estaba a punto de concluir y que permitiría a los empleados vender sus acciones a esos ávidos inversores. Unos días antes, se había celebrado un evento muy

esperado y aclamado para lanzar su gama de productos más agresiva.

Para el público, Altman era el hombre que había hecho que todo aquello sucediera. Había pasado la primavera y el verano de gira por el mundo, alcanzando un nivel de popularidad que estaba llevando a los medios de comunicación a compararlo con Taylor Swift. Había cautivado a prácticamente todo el mundo con su apariencia humilde, sus contundentes declaraciones y su aparente sinceridad.

Antes de Las Vegas, había estado dando vueltas por el mundo, había formado parte de un comité en la cumbre de empresarios de la APEC, encandilando a todos como era habitual con sus declaraciones.

«¿Por qué dedicas tu vida a este trabajo?», le había preguntado Laurene Powell Jobs, fundadora y presidenta de Emerson Collective y viuda de Steve Jobs.

«Creo que esta será la tecnología más transformadora y beneficiosa de la historia de la humanidad», dijo. «En cuatro ocasiones en la historia de OpenAI —la última hace tan solo un par de semanas— he tenido ocasión de estar presente cuando, por así decirlo, hemos retirado el velo de ignorancia y hemos traspasado los límites del descubrimiento, y poder haberlo hecho constituye el máximo honor profesional de mi vida.»

Los sorprendidos empleados* se enteraron del despido de Altman al mismo tiempo que todos los demás, cuando el enlace al anuncio público fue pasando de un teléfono a otro por toda la empresa. Lo que más les sobresaltó fue el abismo

* Salvo indicación contraria, las crónicas internas de las experiencias de los empleados, consejeros y directivos se basan en once personas presentes en cada una de las escenas relatadas.

existente entre la noticia y la brillante reputación de Altman. La empresa daba empleo a 800 personas. En aquellos días, los empleados tenían menos oportunidades de reunirse e interactuar con el consejero delegado en persona. Sin embargo, su encantadora manera de comportarse en los escenarios internacionales no era demasiado diferente de como se había comportado durante las reuniones corporativas, cuando ejercía sus funciones en el seno de la empresa y, cuando no estaba de viaje, por las oficinas.

Mientras los rumores se desataban y los empleados navegaban morbosamente por X, antes Twitter, en busca de cualquier atisbo de información, alguien en la oficina se aferró a la explicación que le pareció más lógica y gritó: «¡Altman se presenta como candidato a la presidencia!». Aquello provocó una euforia momentánea antes de que la gente se diera cuenta de que no era el caso y, de nuevo, surgieron las especulaciones con renovada intensidad y temor. ¿Había hecho Altman algo ilegal? Quizá tenía que ver con su hermana, se preguntaban los empleados. Hacía un mes, ella había denunciado en unos tuits, que se habían vuelto virales, que su hermano había abusado de ella. Tal vez no se tratase de nada ilegal, sino éticamente reprochable, especulaban, acaso relacionado con otras de las inversiones de Altman o con su recaudación de fondos a través de inversores saudíes para financiar una nueva empresa de chips de inteligencia artificial.

Sutskever publicó un anuncio en el Slack de OpenAI. Al cabo de dos horas celebraría una reunión corporativa virtual para responder a las preguntas de los empleados. «Fueron las dos horas más largas de mi vida», recuerda un empleado.

Sutskever, Murati y el resto de los directivos de OpenAI aparecieron en la pantalla unos junto a otros, rígidos y sin ensa-

yar, mientras la reunión se retransmitía a los empleados que se encontraban en las oficinas y a los que trabajaban desde casa.

Sutskever desprendía un aire solemne. Entre los empleados tenía fama de persona reflexiva y mística que hablaba habitualmente en términos espirituales, con una contundencia fruto de la sinceridad que podía resultar cautivadora para algunos y repelente para otros. También era bobalicón y bondadoso. En la oficina llevaba camisetas con dibujos de animales y también le encantaba pintarlos (un gato de peluche, alpacas de peluche, un dragón de peluche escupiendo fuego), junto a caras abstractas y objetos cotidianos. Algunos de sus dibujos estaban colgados por la oficina, incluyendo un trío de flores con la forma del logotipo de OpenAI, un símbolo de lo que siempre animaba a sus empleados a construir: «Una pluralidad de AGI amantes de la humanidad».

Ahora, trataba de transmitir una sensación de seguridad a los inquietos empleados que lo acribillaban a preguntas a través de un documento en línea. Sin embargo, Sutskever no era el mensajero perfecto; no era alguien que destacase a la hora de hacer que sus mensajes llegasen a la audiencia.

«¿Ha habido algún incidente concreto que haya provocado esta situación?»⁴ fue lo primero que leyó Murati en voz alta de la lista de preguntas de los empleados.

«Muchas de las preguntas del documento tendrán que ver con detalles», respondió Sutskever. «Qué, cuándo, cómo, quién exactamente. Ojalá pudiera entrar en detalles. Pero no puedo.» Cualquiera que tenga curiosidad debería leer el comunicado de prensa, añadió. «De hecho, en él se dicen muchas cosas. Leedlo unas cuantas veces.» La respuesta desconcertó a los empleados. Acababan de recibir una noticia catastrófica. No cabía duda de que, al tratarse de las personas más directamente afectadas por la situación, se merecían conocer más detalles que el público en general.

Murati leyó en voz alta unas cuantas preguntas más. ¿Cómo afectaba aquello a la relación con Microsoft? Microsoft, el principal patrocinador de OpenAI y concesionario exclusivo de su tecnología, era el único proveedor de su infraestructura informática. Sin ella, todo el trabajo de la startup —investigación, enseñanza de los modelos de IA, lanzamiento de productos— se frenaría en seco. Murati respondió que esperaba que no les afectase. Acababan de hablar con el consejero delegado de Microsoft, Satya Nadella, y con el director de tecnología, Kevin Scott. «Están plenamente comprometidos con nuestro trabajo», dijo.

«¿Qué pasará con la oferta pública de adquisición de OpenAI?» A los empleados con una cierta antigüedad se les había dado la opción de vender lo que podría representar millones de dólares en concepto de acciones. Faltaba tan poco para la operación que muchos tenían planes de comprar propiedades o ya lo habían hecho. «La oferta... ya, ejem, ya veremos», balbuceó Brad Lightcap, director de operaciones. «Estoy en contacto con los inversores que lideran la licitación y con algunos de nuestros principales inversores que ya están en la tabla de capitalización. Todos ellos se han comprometido a respaldar firmemente a la empresa.»

Después de varias preguntas más con respuestas vagas, otro empleado volvió a tratar de averiguar qué había hecho Sam. ¿Era algo relacionado con su papel en la empresa? ¿O tenía que ver con su vida personal? Sutskever se remitió de nuevo al comunicado de prensa. «Ahí está la respuesta», dijo.

Murati continuó leyendo el documento. «¿Las preguntas sobre los detalles se responderán en algún momento, o no se responderán nunca?»

Sutskever respondió: «No esperéis demasiado».

A medida que avanzaba la reunión corporativa y que las respuestas de Sutskever parecían volverse cada vez más ambiguas, la inquietud de los empleados se transformó rápidamente en enfado. «Cuando un grupo de personas pasa por una experiencia difícil, a menudo acaban estando más unidas y más cerca las unas de las otras», dijo Sutskever. «Esta experiencia difícil nos hará estar aún más unidos como equipo y, por tanto, ser más productivos.»

«¿Cómo es posible conciliar el deseo de superar juntos una crisis con una falta de transparencia frustrante?», escribió un empleado. «Por regla general, la verdad es una condición necesaria para la reconciliación.»

«Me parece bastante justo. La situación no es perfecta», respondió Sutskever.

Murati trató de mitigar la tensión que iba en aumento. «La misión es mucho más importante que cualquiera de nosotros», dijo.

Lightcap ahondó en su mensaje: todos los socios, clientes e inversores de OpenAI habían subrayado que continuaban implicados en la misión. «En cualquier caso, creo que ahora tenemos un deber más importante, que es trabajar más duramente para cumplir esa misión.»

Sutskever intentó de nuevo sonar tranquilizador. «Tenemos los ingredientes, todos los ingredientes: el ordenador, la investigación, los avances son asombrosos», dijo. «Cuando os sintáis inseguros, cuando tengáis miedo, recordad esas cosas. Visualizad mentalmente ese cúmulo de cosas. Imaginad todas esas GPU trabajando conjuntamente.»

Un empleado planteó una nueva pregunta. «¿Nos preocupa la OPA hostil a través de la influencia coercitiva de los actuales miembros del consejo de administración?», leyó Sutskever.

«¿Una OPA hostil?», repitió Sutskever con otro tono de voz. «La junta sin ánimo de lucro de OpenAI ha actuado to-

talmente de acuerdo con su objetivo. No es una OPA hostil. En absoluto. No estoy de acuerdo con esta pregunta.»

Aquella noche, varios empleados se reunieron en casa de un colega para celebrar una fiesta planeada antes del despido de Altman. A ella asistieron también invitados de otras empresas de inteligencia artificial, como Google DeepMind y Anthropic. Justo antes del evento, todos los asistentes recibieron un aviso: «Esta noche vamos a añadir una segunda sala temática: “La sala en que no se habla de OpenAI”. ¡Os esperamos!».⁵

Al final, muy pocas personas permanecieron durante mucho tiempo en la sala. La mayoría querían hablar de OpenAI.

Aquella tarde, Brockman había anunciado su dimisión en señal de protesta. Nadella, de Microsoft, que había montado en cólera porque le habían informado del despido de Altman tan solo unos minutos antes de que se produjera, había publicado un tuit redactado cuidadosamente: «Tenemos un acuerdo a largo plazo con OpenAI que nos da total acceso a todo lo que necesitamos para cumplir con nuestro programa de innovación y una emocionante hoja de ruta de productos; y seguimos comprometidos con nuestra asociación y con Mira y el equipo».⁶

Mientras los rumores seguían proliferando, se supo que tres investigadores más de alto nivel habían abandonado la empresa: Jakub Pachocki y Szymon Sidor, empleados veteranos que eran de los que llevaban más tiempo en OpenAI, y Aleksander Mądry, un profesor del MIT en excedencia que se había incorporado recientemente. Su marcha alarmó aún más a algunos empleados de OpenAI que consideraron que era una prueba de pérdida de liderazgo y talento que podría espantar a los inversores y frenar la oferta pública o, lo que es peor, arruinar a la empresa. Durante la fiesta, los empleados

se fueron mostrando cada vez más abatidos y preocupados. La disolución de la oferta pública les privaría de una importante recompensa económica a su ardua labor, por no hablar de la disolución de la empresa que daría al traste con tantas ambiciones y duro trabajo.

Esa misma noche, el consejo de administración y el resto de la directiva de la empresa celebraron una serie de reuniones, cada vez más hostiles. Después de la reunión corporativa, la falsa imagen de unidad entre Sutskever y los otros directivos se había desmoronado. Muchos de los ejecutivos que estaban sentados cerca de Sutskever durante la retransmisión, habían estado tan ciegos como el resto de la plantilla y se habían enterado del despido de Altman momentos antes de su anuncio. Irritados por la ineficaz actuación de Sutskever, exigieron reunirse con el resto del consejo.⁷ Aproximadamente una docena de ejecutivos, incluyendo a Murati y a Lightcap, se reunieron en una sala de conferencias de la oficina. Sutskever se conectó virtualmente junto con los tres consejeros independientes: Adam D'Angelo, cofundador y consejero delegado de la página de preguntas y respuestas Quora; Tasha McCauley, empresaria y directora científica del gabinete estratégico RAND, y Helen Toner, investigadora de origen australiano de otro gabinete estratégico, el CSET (Centro de Seguridad y Tecnología Emergente) de la Universidad de Georgetown.

Ante la avalancha de preguntas, los cuatro miembros del consejo evitaron repetidamente hacer más revelaciones, alegando sus responsabilidades legales para preservar la confidencialidad. Algunos directivos se mostraron visiblemente enfadados. «Estáis diciendo que Sam no es de fiar», dijo furiosa Anna Makanju, la vicepresidenta de asuntos internacionales que había acompañado a menudo a Altman en su ofensiva de seducción internacional. «Esa no es en absoluto nuestra

experiencia con él.» Los directivos reunidos presionaron al consejo para que dimitiera y cediera sus puestos a tres empleados, amenazando todos ellos con dimitir si el consejo no accedía inmediatamente. Jason Kwon, el director estratégico, un abogado que había ejercido previamente como consejero jurídico general de OpenAI elevó la apuesta. De hecho, era *ilegal* que el consejo no dimitiera, dijo, ya que, si la empresa quebraba, ello supondría un incumplimiento de los deberes fiduciarios de los miembros del consejo.

Los miembros del consejo no estuvieron de acuerdo. Sostenían que habían consultado cuidadosamente con abogados la decisión de despedir a Altman y que habían actuado de conformidad con sus responsabilidades estipuladas. OpenAI no era una empresa normal y su consejo de administración no era un consejo de administración normal. Tenía una estructura única diseñada por el propio Altman, que otorgaba al consejo amplios poderes para actuar en interés no de los accionistas de OpenAI, sino de su misión: garantizar que la AGI (inteligencia artificial general) beneficiara a la humanidad. Altman había pregonado durante mucho tiempo que el consejo tenía capacidad para despedirlo y que ese era su mecanismo de gobierno más importante. Toner subrayó ese dato: «si esta acción destruye la empresa, en realidad podría ser coherente con la misión».

La directiva transmitió sus palabras a los empleados en tiempo real: a Toner no le importaba destruir la empresa. Muchos empleados llegaron a la conclusión de que quizá esa era su intención. Ante la idea de perder todo su capital, una de las personas presentes se echó a llorar.

Al día siguiente, el sábado 18 de noviembre, un montón de personas, entre las que se encontraban los empleados de OpenAI,

se congregaron ante la mansión de 27 millones de dólares de Altman a la espera de más noticias.⁸

Los tres investigadores de alto nivel que habían dimitido, Pachocki, Sidor y Mądry, se habían reunido con Altman y Brockman para hablar de reformar la empresa y continuar con su trabajo. Para algunos, la noticia de esas conversaciones hizo aumentar la preocupación de los empleados. Para otros fue un motivo de esperanza. Si, efectivamente, Altman fundaba una nueva empresa, se marcharían con él.

El resto de la directiva de OpenAI concedió al consejo un plazo límite hasta las 5 de la tarde, hora del Pacífico, de aquel día: o reincorporaban a Altman y dimitían, o se arriesgaban a que se produjera un éxodo masivo de la empresa. Los miembros del consejo se negaron. Durante el fin de semana, telefonaron frenéticamente, en ocasiones en medio de la noche, a cualquiera que se encontrara en su agenda de contactos que estuviera dispuesto a contestar. Ante la creciente ira de los empleados y los inversores por el despido de Altman, Murati ya no estaba dispuesta a continuar ejerciendo de consejera delegada interina. Tenían que sustituirla por alguien que pudiera contribuir a restaurar la estabilidad, o encontrar nuevos miembros del consejo que pudieran hacer frente a Altman si acababa por volver.

Aquella noche, una vez transcurrido el plazo, Jason Kwon envió una circular a los empleados. «Seguimos trabajando para alcanzar un acuerdo y somos optimistas», escribió. «Por acuerdo nos referimos a recuperar a Sam, Greg, Jakub, Szymon y Aleksander.»⁹

Altman tuiteó con su estilo característico, en minúsculas: «me encanta el equipo de openai». Numerosos empleados empezaron a retuitear sus palabras con el emoji de un corazón.

El domingo, Altman y Brockman volvieron a la oficina para negociar su reincorporación. A lo largo del día, se les fueron uniendo cada vez más empleados con el alma en vilo. Para entonces, la mayoría de los empleados, directivos y miembros del consejo apenas habían dormido desde hacía más de treinta y seis horas; todo empezaba a resultar confuso. Altman tuiteó un selfi con los labios apretados y el ceño fruncido, exhibiendo una acreditación de invitado en la mano. «primera y última vez que llevo una de estas», añadió como pie de foto. La dirección fijó otro plazo hasta las cinco de la tarde para que el consejo reincorporase a Altman y dimitiese.

La presión iba en aumento desde todas direcciones. Microsoft, otros inversores de OpenAI y pesos pesados de Silicon Valley se alinearon públicamente con Altman. Una fuente transmitió la estrategia a los medios de comunicación:¹⁰ no solo se marcharían los empleados en masa si la decisión no se revocaba, sino que Microsoft denegaría el acceso a su estructura informática y los inversores interpondrían demandas. Esa combinación haría que OpenAI fuera insostenible sin Altman.

A pesar de todo, el consejo seguía resistiendo. Alrededor de las 9 de la noche, de nuevo superado ampliamente el último plazo, Sutskever publicó un extenso mensaje en Slack en representación del consejo. Altman no iba a volver; Emmett Shear, antiguo consejero delegado de Twitch, era ahora el nuevo jefe interino de OpenAI. Él y Shear llegarían a la oficina en cinco minutos para dar un discurso sobre la nueva visión de la empresa.

«El consejo se mantiene firme en su decisión como la única vía para avanzar y defender la misión de OpenAI», escribió. «En pocas palabras, el comportamiento de Sam y la falta de transparencia en sus interacciones con el consejo han socavado la capacidad de este para supervisar eficazmente la empresa tal como le correspondía hacer.»

El Slack se inundó al instante de decenas de respuestas airadas de los empleados.¹¹

«Vosotros y qué puto ejército.»

«Sois unos ilusos.»

«Emmett será consejero delegado de nada.»

Aproximadamente doscientos empleados se manifestaron fuera de la oficina para boicotear la conferencia. Murati sacó a los directivos del edificio a toda prisa. Para cuando Shear llegó con Sutskever, solo quedaban aproximadamente una docena de personas en la audiencia.

Anna Brockman, la mujer de Greg, se acercó a Sutskever, que había oficiado la ceremonia de la boda civil de la pareja cuatro años antes. Entre lágrimas, le rodeó con sus brazos y le suplicó que reconsiderase su postura.¹²

Muchos de los empleados que habían abandonado la oficina se reunieron en las casas de algunos colegas para pasar la noche; cientos de ellos se conectaron a un grupo de Signal para mantenerse informados. A última hora de la noche, Nadella anunció que iba a contratar a Altman y a Brockman para que dirigiesen una nueva división de IA. La voz se corrió rápidamente: todo aquel que quisiera unirse a Altman tendría trabajo asegurado en Microsoft.

La noticia cambió por completo el estado de ánimo, que pasó del miedo al desafío. Con la percepción de contar con una salida alternativa, los empleados tenían una nueva baza para declarar contra el consejo y contra Shear. En la casa de un empleado, abarrotada con más de cien colegas de OpenAI, los ejecutivos e investigadores redactaron una carta abierta para aumentar la presión, reiterando las amenazas al equipo directivo con más intensidad: sin la reincorporación de Altman y la dimisión del consejo, todos

ellos podrían dimitir inmediatamente e incorporarse a Microsoft.

El grupo se esforzó por difundir la carta todo lo posible, publicándola en varios canales privados y telefoneando a empleados que no estaban presentes para que la firmaran. Cuando consiguieron un número significativo de firmas, muchos empleados más se apresuraron a unirse, presionados para evitar que se cuestionara su ausencia. Al cabo de veinticuatro horas, la carta había conseguido más de 700 firmas de los aproximadamente 770 empleados. Decenas de empleados enviaron correos electrónicos idénticos al consejo en rápida sucesión. Acudieron en masa a X para publicar el mismo mensaje: «OpenAI no vale nada sin su gente».

A continuación, en plena noche, los empleados vieron aparecer el nombre de Sutskever en la carta abierta.

Al poco tiempo, Sutskever hizo una declaración pública. «Lamento profundamente mi participación en los actos del consejo», tuiteó a primera hora de la mañana del lunes. «Nunca tuve intención de perjudicar a OpenAI. Me encanta todo lo que hemos construido juntos y haré todo lo posible por volver a unir a la empresa.»

El martes, 21 de noviembre, la dirección se conectó con el consejo desde la casa de Altman. Al cabo de cinco días, todo el mundo se estaba desmoronando por la falta de sueño y el agotamiento. Acción de Gracias estaba a la vuelta de la esquina y la desesperación en ambos bandos había dejado paso por fin a una vía para el acuerdo.

Durante el día, todo el mundo empezó a plantearse en serio diferentes configuraciones.

Altman y Brockman, originalmente inflexibles en su decisión de volver a ocupar puestos en el consejo de administra-

ción de OpenAI, acabaron por aceptar no ocuparlos. El consejo, viendo que no había forma de mantener la empresa sin Altman, acabó aceptando su regreso.

A última hora de la noche, llegaron a un acuerdo sobre la distribución de los tres puestos de los independientes en el consejo. D'Angelo continuaría; Toner y McCauley dejarían sus puestos; Bret Taylor, ex consejero delegado de Salesforce y exdirector de tecnología de Facebook, y Larry Summers, exsecretario del Tesoro y expresidente de Harvard, ocuparían los puestos vacantes. Como parte del acuerdo, el nuevo consejo añadiría más miembros con el tiempo. Altman se sometería a una investigación.

También acordaron que, ahora, lo más importante para la empresa era transmitir una imagen de unidad, estabilidad y reconciliación. Dos días más tarde, Altman tuiteó un mensaje preparado: «he pasado unas horas realmente agradables con @adamdangelo. feliz día de acción de gracias a tu familia de parte de la mía 🧡». Diez días más tarde, Brockman tuiteó una foto: él y Sutskever abrazados con una amplia sonrisa. En la oficina, el artista titular de la compañía conectó el generador de imágenes DALL-E de OpenAI a una impresora a color para crear adhesivos caleidoscópicos diminutos con forma de corazón. Al lado de la impresora había un corazón rosa gigante estampado con la frase «OpenAI no es nada sin su gente».¹³

En diciembre, Altman describió la experiencia a Trevor Noah en un pódcast como el segundo peor momento de su vida, superado únicamente por la muerte de su padre. El mes siguiente, en enero, se cerró la licitación, valorando OpenAI en 86.000 millones de dólares.

Pero todo eso estaba por llegar. La noche del martes 21 de noviembre estaban de celebración. Con el anuncio del regreso de Altman y el nuevo acuerdo, los empleados volvieron en tropel a la oficina para abrazarse, llorar y poner música

a todo volumen. En un momento dado, alguien encendió una máquina de humo. Se disparó la alarma de incendios. Todo el mundo continuó de fiesta.¹⁴

Brockman se hizo un selfi grupal con la multitud, una foto que reflejaba perfectamente el delirio eufórico y optimista de haber sobrevivido a una crisis. Lo tuiteó y como pie de foto puso: «Hemos vuelto».¹⁵

La noticia de la destitución de Altman salió a la luz cuando me encontraba en medio de una entrevista para este libro. Había puesto mi móvil en silencio, felizmente inconsciente de la caótica semana que estaba a punto de acontecer. Veinte minutos más tarde, toqué la pantalla para ver la hora y vi un montón de notificaciones perdidas. Así se inició una serie de días confusos y llenos de adrenalina, mientras yo me apresuraba a entender qué estaba sucediendo.

Durante las semanas siguientes, amigos, familiares y medios de comunicación me preguntaron un montón de veces: ¿qué significaba todo aquello, si es que significaba algo? ¿El tira y afloja era una simple distracción, o tendría consecuencias para el resto de nosotros? Para entonces, yo llevaba siguiendo a OpenAI cinco años. En 2019, fui la primera periodista en obtener amplio acceso a la empresa y en escribir su primera reseña. Para mí, aquellos acontecimientos no eran simples alardes frívolos de poder de Silicon Valley. El drama puso de relieve una de las preguntas más apremiantes de nuestra generación: ¿cómo gestionar la inteligencia artificial?

La IA es una de las tecnologías más trascendentales de nuestra era. En poco más de una década, ha redefinido la columna vertebral de Internet, convirtiéndose en un mediador omnipresente de las actividades digitales. En menos tiempo todavía, ahora se dispone a modificar muchas otras funciones cruciales de la sociedad, desde la asistencia sanitaria a la economía, pasando por el periodismo y el Gobierno. El futuro de

la IA —la forma que adopte esta tecnología— está inextricablemente ligada a nuestro futuro. La pregunta sobre cómo gestionar la IA es en realidad una pregunta sobre cómo asegurarnos de hacer que nuestro futuro sea mejor, no peor.

Desde el principio, OpenAI se ha presentado como un experimento audaz para responder a esta pregunta. Fue fundada por un grupo entre cuyos miembros se encontraban Elon Musk y Sam Altman, junto con otros patrocinadores multimillonarios como Peter Thiel, para ser más que un simple laboratorio de investigación o una empresa. Los fundadores manifestaron un compromiso radical de desarrollar la llamada inteligencia artificial general, la cual describieron como la forma más poderosa de IA que nadie hubiera visto jamás, no en pos del lucro económico de los accionistas, sino en beneficio de la humanidad. Con ese fin, Musk y Altman la constituyeron como una organización sin ánimo de lucro y se comprometieron a donar 1.000 millones de dólares para ponerla en marcha. No se dedicaría a crear productos comerciales, sino que se consagraría exclusivamente a la investigación, impulsada únicamente por las más puras intenciones de dar lugar a una forma de inteligencia artificial general que desbloqueara la utopía global y no lo contrario. Musk y Altman se comprometieron también a compartir sus investigaciones tanto como fuera posible durante el proceso y a colaborar ampliamente con otras instituciones. Si el objetivo era hacer el bien en el mundo, la apertura —de ahí el nombre de *OpenAI*— y la participación democrática en el desarrollo de la tecnología eran clave. Algunos años más tarde, la dirección fue aún más allá, prometiendo sacrificarse si era necesario. «Nos preocupa que la última fase del desarrollo de la AGI se convierta en una carrera competitiva sin tiempo para tomar las medidas de seguridad adecuadas», escribieron. Si otro intento de crear una inteligencia artificial general beneficiosa superase los avan-



Planetade**Libros**

¿Te gusta leer?

Únete a nuestras
comunidades de lectores
en redes sociales:



@planetadelibrosco



Planeta de Libros Colombia



@planetadelibrosco



@PlanetadeLibrosCo

Conoce más libros haciendo clic en:

planetadelibros.com.co



Grupo  Planeta

Creemos en los libros